

*"Tapadismo", Espectáculo Nada Edificante*

## Política de la Humillación

- ★ Sacrificio de la Dignidad Para Llegar al Poder
- ★ Situación Absurda Propia de un Sistema Enfermo
- ★ Los Legisladores son Tratados Como Subordinados

LORENZO MEYER

Hasta hoy, es un hecho que todo aquel que desea hacer carrera dentro del sistema político vigente, debe estar dispuesto a sacrificar varias cosas, entre otras, porciones más o menos importantes de su dignidad.

Para mejor comprender la naturaleza de la sucesión presidencial mexicana, por ejemplo, tiene más sentido leer *Palabras mayores*, de Luis Spota, que *La Política*, de Aristóteles. En efecto, no hay como observar el proceso del "destape" a la mexicana, para comprobar hasta qué punto el besar la correa es parte del sistema de poder.

Desde la perspectiva de Aristóteles (384-322 a.C.), la política debería ser una actividad eminentemente ética, encaminada a usar el poder del Estado para propiciar la existencia de una comunidad de ciudadanos de la más alta calidad moral. Tras la



# Política de la Humillación

Según de la primera plana

desaparición de la Grecia y la Roma clásicas, San Agustín (354-430), bastante desengañado, presentó una visión radicalmente distinta. Para este padre de la Iglesia, la política —el dominio de unos hombres sobre otros— era y siempre sería, una actividad inferior, y cuya existencia sólo se explicaba y justificaba como producto del pecado original. Para comprender el espíritu que anima a la acción política de quienes ejercen el poder en México —ejercicio donde la ética brilla enteramente por su ausencia, y cuyo resultado puede ser cualquier cosa, menos el de empujar a los mexicanos a las altas cumbres de la calidad moral— sirve mucho más San Agustín que Aristóteles... desafortunadamente.

Echando un vistazo a nuestra historia o simplemente leyendo la prensa diaria, se comprueba que el quehacer político es en buena medida una actividad deprimente, sórdida e incluso denigrante. Y para ilustrar la afirmación anterior no hay que ir muy lejos, basta con seguir de cerca la actividad política de la estación: el tapadismo, es decir, el procedimiento mediante el cual el presidente designa un sucesor de entre un número muy reducido de colaboradores cercanos.

En el nada edificante espectáculo del tapadismo, los supuestos ciudadanos, miembros o no del partido del Estado, somos meros espectadores de un proceso sobre el cual no tenemos el menor control a pesar de que en buena medida determina nuestro futuro como colectividad política. Y lo que como espectadores podemos ver, es básicamente esto: que todos los aspirantes a "la grande" no pueden admitir que efectivamente lo son, que por derecho propio buscan la presidencia ni, menos aún, pueden presentar públicamente su proyecto, aunque todos lo tienen. Esta es una situación tan bochornosa como absurda, propia de un sistema político enfermo. Para el personaje que finalmente gana la candidatura presidencial del partido del Estado, el "alto honor" logrado no cancela el igualmente alto precio psicológico que debió pagar para obtenerlo, pues el público fue testigo de que para llegar a la cúspide de la pirámide política tuvo que pasar por el infamante arco caudino que desde hace mucho cada presidente construye para su sucesor, y que es parte insustituible de su rito de iniciación.

Para los "destapables" —nunca realmente más de dos o tres—, llegar a la gran meta no depende de ganarse la voluntad de los grandes grupos de interés o de sus correligionarios de partido y, menos aún, de los ciudadanos comunes, sino exclusivamente de ganar la voluntad del Presidente. Es por ello que ningún "destapable" puede darse el lujo de actuar según sus convicciones reales y hacer un discurso propio. Los "destapables", mientras son tales, tienen que ser verdaderos, pero pálidos, espejos de la imagen presidencial. Parte de su actuación es de cara al público, pero ese público realmente no importa, pues el poder que buscan no está en manos de los ciudadanos sino exclusivamente en las del "primer priísta del país". Por tanto, las acciones y discurso de cada uno de los "destapables", aunque aparentemente dirigidos hacia la sociedad, están diseñados exclusivamente para el Presidente, para reafirmar su sumisión, para complacerlo, para alimentar su ego, para ganar su aprobación y evitar su castigo. Es una actitud de "políticos de fuste" que, sin embargo, recuerda mucho a la del hijo frente al padre estricto, a la del alumno frente al profesor severo, a la del inferior frente al superior todopoderoso.

Desde que se institucionalizó el tapadismo, todos los presidentes, antes de llegar a serlo, han debido de pasar por el trago amargo, por la experiencia denigrante, de forzarse a no ser ellos mismos, sino personajes sumisos y angustiados que intentan adivinar el pensamiento del, y complacer al, "gran elector". ¿Cuál es el efecto de esa experiencia tan desagradable en su conducta posterior?, no soy un experto en psicología, pero sospecho que debe de tener alguno y no precisamente positivo. El abatimiento de la personalidad como forma de llegar a la cúspide, se tiene que reflejar tanto en la forma como el político trata a sus subordinados directos como en su relación con el resto de la sociedad. Quien no respeta su dignidad, difícilmente va a respetar la de otros, sobre todo si esos otros carecen de poder. En México, los presidentes se comportan frente a la sociedad como si ésta estuviera formada por súbditos y no por ciudadanos; la forma como ganaron la presidencia quizá explique esa actitud.

Es de suponerse que el

"destapable destapado" sólo recobra su autoestima —en la medida en que es posible recobrarla— poco a poco. El proceso de recuperación se inicia durante la campaña electoral, pero es únicamente en el momento en que el Presidente saliente —la figura paterna a la que se le debe todo pero de la que se sienten muchas cosas— le entrega la banda, cuando el nuevo mandatario puede realmente darse el lujo de presentarse a la sociedad tal y como realmente es y no como un mero reflejo de quien le entregó el poder. Es en este sentido, que en México la política que se desarrolla dentro de los círculos del poder puede verse como una política de la humillación.

Los "destapables" son los humillados por el sistema más destacados, pero desde luego no son los únicos: en mayor o menor medida todos los políticos que dependen del gran y omnipotente poder presidencial también lo son. Veamos, por ejemplo, el caso de los legisladores del partido en el poder. Los supuestos representantes de los ciudadanos, cuya dignidad y poder, en principio, no es inferior a la del Presidente, son tratados por éste como subordinados que en realidad son... y de poca importancia. Por ejemplo, las filtraciones sobre el desayuno que tuvo lugar en Los Pinos el pasado día 16 (Proceso, 23 de agosto) y donde el grueso de los 400 comensales, eran legisladores del PRI, afirman que el Presidente se permitió hacer una broma sobre la subordinación del legislativo al ejecutivo. En efecto, según lo que ha trascendido, el Presidente Salinas comentó en la cara de diputados y senadores que el Mandatario norteamericano, William Clinton, que ha sudado la gota gorda para convencer a su Congreso que apruebe sus iniciativas de ley, le encantaría poder contar con un poder legislativo tan dócil como el mexicano. Y la cosa no paró ahí, sino que a los senadores el Presidente les reclamó que los debates contra la oposición (que apenas tiene tres representantes en la mal llamada cámara alta, pero donde uno de ellos, Porfirio Muñoz Ledo, se basta para dar pelea a más de medio centenar de priístas), los tengan que ganar por el peso de los números y no por el de los argumentos.

Y ni duda que el Presidente tiene razón al suponer que el Congreso mexicano es la antítesis del norteamericano. Un día

—para usar un ejemplo reciente— se ordena a los legisladores del partido del Estado que aprueben de manera inmediata y sin mayor discusión, una Ley Inquilinaria preparada por la Secretaría de Hacienda y al otro día, ante la reacción de los afectados, el Ejecutivo, sin consultar con los legisladores, por sí y ante sí, anuncia que el punto central de la ley recién aprobada por el Congreso va a quedar en suspenso. Ningún miembro de la bancada oficial chistó ante semejante falta de respeto a la dignidad de su investidura, todos se tragaron la vergüenza y siguieron tan campantes, pretendiendo ser parte de un poder soberano.

¿Y qué decir de los señores gobernadores? Quién no recuerda, por ejemplo, la forma en que al principio del actual sexenio se "invitó" a Mario Ramón Beteta, a trocar la dignidad de gobernador constitucional del estado de México, por una de las oscuras asesorías presidenciales, tumbas de políticos caídos de la gracia. Los casos de los gobernadores supuestamente elegidos de Guanajuato y San Luis Potosí —señores Ramón Aguirre y Fausto Zapata, respectivamente— son ejemplos más dramáticos del mismo fenómeno. Por indicación presidencial ambos debieron renunciar a un poder supuestamente ganado en las urnas, incluso antes de haberlo ejercido.

Los militantes del gran partido del Estado —que en buena medida son los mismos congresistas—, tienen en su haber una larga historia de episodios bochornosos. En realidad, ese partido se inició con una humillación de antología. En marzo de 1929, la mayoría de los delegados a la gran reunión que iba a dar origen al Partido Nacional Revolucionario (PNR) se habían pronunciado públicamente en favor de la candidatura de Aarón Sáenz, pero por "indicaciones superiores" —las de Calles— debieron desdecirse y elegir nada menos que al desconocido Pascual Ortiz Rubio. Las últimas humillaciones a los miembros de ese partido tuvieron lugar hace muy poco. Una ocurrió cuando, después de recibir en Aguascalientes el apoyo de los militantes, el anterior líder del PRI, Genaro Borrego, les debió de informar que renunciaba al cargo para dejárselo a Fernando Ortiz Arana y aceptar la invitación presidencial para irse a la di-

rección del Seguro Social. El otro ejemplo es aún más reciente; tuvo lugar cuando los legisladores priístas supieron de la reforma política que supuestamente ellos habían elaborado, justamente cuando sus términos se hicieron públicos; tras algunas débiles propuestas, todos endosaron como propia una decisión que se les impuso sin consultarles.

Bajando un peldaño más, tenemos la reciente reunión de presidentes municipales priístas en Veracruz. Las cabezas del grueso de los "municipios libres" controlados por el PRI, fueron reunidos en ese estado no para tratar los muchos y urgentes problemas municipales, sino realmente para recibir instrucciones presidenciales de cómo deberán actuar durante la campaña presidencial que se aproxima. Como bien hiciera notar en un comentario Mauricio Merino (La Jornada, 19 de agosto), en el documento que salió de la reunión —la Declaración de Veracruz— apenas si se adivinan los verdaderos problemas municipales. A los presidentes municipales priístas simplemente se les reunió en calidad de lo que realmente son: un conjunto de funcionarios sin recursos, dependientes de los erarios estatal y federal y a los que se puede movilizar en función no de los intereses de las localidades que dicen representar y gobernar sino de los del centro. Por eso la reunión veracruzana concluyó con una declaración que incluye, entre otras cosas, el apoyo a la "modernización económica", un compromiso con la "plataforma electoral" para el 94 y un reconocimiento a "las tareas y funciones que cumplen el ejército y la armada de México". ¿Y la problemática municipal? Pareciera ser que para el poder presidencial, el único "municipio libre" es la avenida que lleva ese nombre en la ciudad de México.

Para concluir, la política puede ser una actividad apasionante, ética y compatible con la preservación de la dignidad de todos los que participan en ella. Sin embargo, lo más frecuente es que no sea ese el caso, y que su forma y contenido resulten más bien mezquinos, pedestres y vulgares. Ahora bien, lo anterior no es privativo de México, pues en mayor o menor medida ocurre en todas partes, lo deprimente es que en nuestro caso, estas características negativas de la política son más acentuadas.